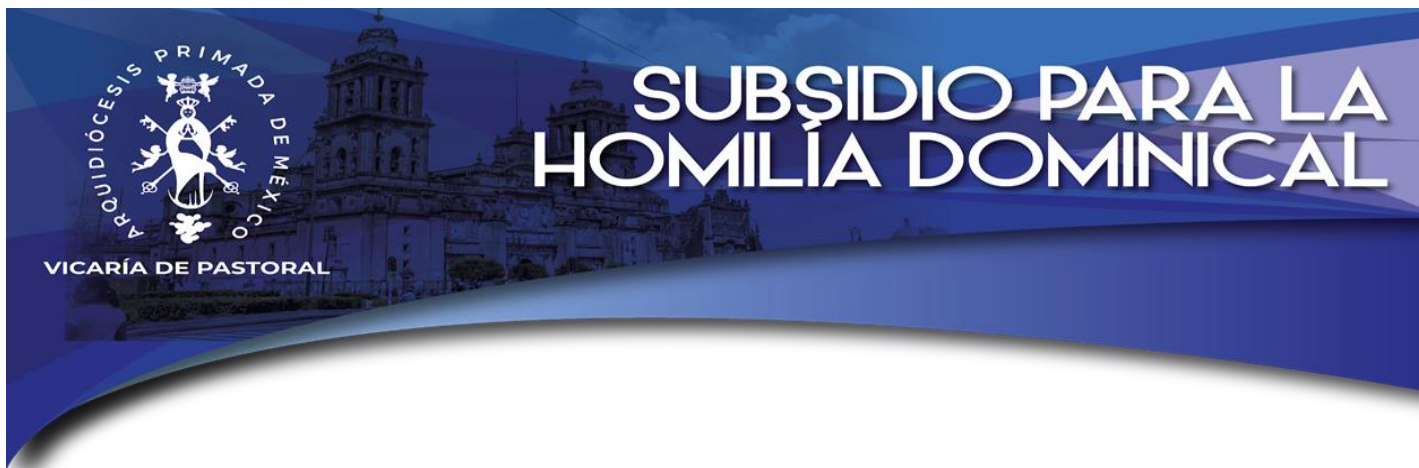


17 de diciembre de 2023
3° Domingo de Adviento Ciclo B



LECTURAS

Is 61, 1-2. 10-11: El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido y me ha enviado para anunciar la buena nueva a los pobres, a curar a los de corazón quebrantado, a proclamar el perdón a los cautivos, la libertad a los prisioneros, y a pregonar el año de gracia del Señor. Me alegro en el Señor con toda el alma y me lleno de júbilo en mi Dios, porque me revistió con vestiduras de salvación y me cubrió con un manto de justicia, como el novio que se pone la corona, como la novia que se adorna con sus joyas. Así como la tierra echa sus brotes y el jardín hace germinar lo sembrado en él, así el Señor hará brotar la justicia y la alabanza ante todas las naciones.

Lc 1, 46-48. 49-50. 53-54: Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se llena de júbilo en Dios, mi salvador, porque puso los ojos en la humildad de su esclava. Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones, porque ha hecho en mí grandes cosas el que todo lo puede. Santo es su nombre y su misericordia llega, de generación en generación, a los que lo temen. A los hambrientos los colmó de bienes y a los ricos los despidió sin nada. Acordándose de su misericordia, vino en ayuda de Israel, su siervo.

1 Ts 5, 16-24: Hermanos: Vivan siempre alegres, oren sin cesar, den gracias en toda ocasión, pues esto es lo que Dios quiere de ustedes en Cristo Jesús. No impidan la acción del Espíritu Santo, ni desprecien el don de profecía; pero sométanlo todo a prueba y quédense con lo bueno. Absténganse de toda clase de mal. Que el Dios de la paz los santifique a ustedes en todo y que todo su ser, espíritu, alma y cuerpo, se conserve irreprochable hasta la llegada de nuestro Señor Jesucristo. El que los ha llamado es fiel y cumplirá su promesa.



Jn 1,6-8.19-28: Hubo un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan. Éste vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. Él no era la luz, sino testigo de la luz. Éste es el testimonio que dio Juan el Bautista, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén a unos sacerdotes y levitas para preguntarle: "¿Quién eres tú?" Él reconoció y no negó quién era. Él afirmó: "Yo no soy el Mesías". De nuevo le preguntaron: "¿Quién eres, pues? ¿Eres Elías?" Él les respondió: "No lo soy". "¿Eres el profeta?" Respondió: "No". Le dijeron: "Entonces dinos quién eres, para poder llevar una respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo?" Juan les contestó: "Yo soy la voz que grita en el desierto: 'Enderecen el camino del Señor', como anunció el profeta Isaías". Los enviados, que pertenecían a la secta de los fariseos, le preguntaron: "Entonces ¿por qué bautizas, si no eres el Mesías, ni Elías, ni el profeta?" Juan les respondió: "Yo bautizo con agua, pero en medio de ustedes hay uno, al que ustedes no conocen, alguien que viene detrás de mí, a quien yo no soy digno de desatarle las correas de sus sandalias". Esto sucedió en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde Juan bautizaba.





LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

UNGIDOS Y LLENOS DE JÚBILO PORQUE EL ESPOSO ESTÁ VINIENDO

En medio de una sociedad marcada por la desesperanza, el fastidio y la desilusión, hablar de esperanza y alegría puede parecer un atrevimiento e inclusive una falta de realismo insultante. En muchos hombres el pesimismo se confunde con el realismo y todo aquel que apuesta por ver el lado positivo de las cosas es tachado de insensato o, al menos, de ingenuo.

Muy cerca de nosotros –gracias a Dios- habita una persona cuya característica primordial es la alegría; una sonrisa deslumbrante ilumina todos los espacios, siempre tiene una palabra amable que decir en cualquier circunstancia, tiene el don de descubrir el lado positivo aún en las personas aparentemente más nefastas, en su corazón no cabe el resentimiento y olvida las ofensas con la misma rapidez que las rosas se marchitan una vez arrancadas de su sustrato vital. Uno podría pensar que esta forma de ser invita a todos a beber de su misma fuente inagotable de alegría y esperanza, pero contra toda lógica, muchos piensan -y otros pocos lo dicen abiertamente- que es una ilusa, que no ve las cosas como son y que eso le traerá muchos sinsabores y sufrimientos cuando tarde o temprano se tope con el muro infranqueable de la realidad.



Pensemos en esa personita al reflexionar sobre las lecturas que este domingo la Iglesia nos proclama como Palabra del Dios vivo que resuena en la Asamblea Eucarística. Dejaremos que la misma Palabra juzgue si esa actitud es irresponsable e ingenua o es la única actitud posible de acuerdo con la lógica del Evangelio y, por ello, la única actitud capaz de propiciar el cambio que la humanidad anhela en lo más profundo de su ser.

La primera lectura, del libro del profeta **Isaías**, habla en el nivel de lectura más evidente –el cristológico– de Jesucristo mismo pues él es El Ungido por excelencia, el enviado al mundo para sumergirlo permanentemente en el año eterno de gracia del Señor. Él es el lleno de júbilo que inaugura el jubileo definitivo, Él es la justicia misma que cubre con su manto a la humanidad nueva que brota de su costado sangrante, Él es la semilla del Padre que hará germinar la paz que no conoce el ocaso.

Sin embargo, en un segundo nivel de lectura, el texto nos implica a todos y cada uno de los que prestamos nuestra adhesión a Jesús como Señor de la historia. En efecto, la unción de Jesús como Mesías es una unción que se participa a todos los hombres en cuanto bautizados –sumergidos– en el Espíritu donado como fruto de la Pascua. En primer lugar, los bautizados sacramentalmente, pero también los que han sido inmersos en el bautismo de deseo que incluye a todos los hombres, pues Cristo ha muerto y resucitado por todos y su Espíritu sopla donde quiere, más allá de toda frontera ideológica o religiosa.

En este sentido, todos los bautizados somos convocados a formar un grupo discipular incluyente que salga de sí mismo para continuar el movimiento subversivo de Jesús como alternativa liberadora y al mismo tiempo contestataria del entramado social opresivo y alienante¹ que enajena a los hombres. Lo propio del cristiano, de acuerdo con una lectura cristológica del texto isaiano consiste en lo siguiente:

1. Reconocimiento de la unción y del envío. El punto de partida de la vida espiritual no es la decisión de convertirse y empezar una nueva vida (como se nos ha enseñado en la catequesis tradicional), como si del esfuerzo y la iniciativa humana dependiera la vida nueva de los salvados. La vida a la que estamos llamados es pura gracia, don que viene de lo alto, fuerza arrolladora que nos sumerge en la vida divina y que nos santifica. Es, ni más menos, el Espíritu de Dios, aquel mismo Espíritu –pues Dios no da su Espíritu con medida, sino que con sobreabundancia se entrega a sí mismo– con el que el Padre resucitó a su Hijo de entre los muertos.

¹ Que embota la conciencia impidiendo el autorreconocimiento de la dignidad e identidad personal.



¡Ah! si creyéramos esto nada turbaría nuestro corazón, la paz que el mundo no conoce ni puede dar se aposentaría de una vez y para siempre en nuestro ser y con el apóstol de los gentiles gritaríamos a los cuatro vientos que ni espada, ni persecución, ni lo pasado, ni lo futuro, ni lo presente, ni la enfermedad, ni la carencia económica, ni la misma muerte nos podrán arrancar del corazón de Dios en el que Cristo nos ha metido.

Y una vez reconocida esta unción –que nos constituye en mesías porque partícipes del único y suficiente mesianismo de Cristo- entonces nos sabríamos enviados capaces a la misma misión del Hijo eterno, misión de liberación que se concretiza en varios postulados, de entre los cuales ahondaremos solamente en el primero:

- Anuncio de la Buena Nueva a los pobres. Los pobres –en cualquier sentido, económico, psicológico, espiritual, sociológico- son los primeros destinatarios del anuncio de la Buena Noticia. Pero ¿en qué consiste el anuncio? ¿Por qué es Buena Noticia?

El contenido del anuncio cristiano no es una doctrina religiosa –por más sublime que esta sea-, no es un conjunto de prescripciones coercitivas o un recetario de cocina para elaborar el guiso llamado salvación. No es tampoco una elevadísima construcción teológica que nos revelaría los arcanos misterios de la divinidad. Se trata del anuncio de que lo imposible está por fin al alcance de la mano, de que el cielo ha descendido y ha puesto su morada entre nosotros, de que la ancestral herida por la que escapa el río de la vida sin que podamos hacer nada por fin puede ser sanada definitivamente, de que la violencia y la exclusión causada por el deseo de poseer lo que el otro tiene pueden ser erradicados y se abre paso ya una sociedad que solamente desea compartir alegremente lo que le ha sido dado gratuitamente y que, por lo tanto, la pobreza impuesta por los poderosos puede ser expulsada definitivamente del entramado social. De que aquellos que por siglos han esperado pacientemente que la justicia y la paz se besen y que la implosión² del hombre a causa del pecado que lo asfixiaba acabara por fin, ahora pueden descansar en el pecho del Señor.

De este modo resulta evidente que el anuncio cristiano no es una teoría sino la exultación gozosa de que, en Cristo Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, en su persona real

² Implosión: Acción de romperse hacia dentro con estruendo las paredes de una cavidad cuya presión es inferior a la externa.



y concreta todos los sueños humanos encuentran su realización (aunque histórica y aún parcial) en el aquí y el ahora y su plena y definitiva consumación en la metahistoria.

¿Quién no se alegraría hasta derramar lágrimas si alguien le anunciara que todas sus deudas, pasadas, presentes y futuras han sido solucionadas gratuitamente por un benefactor que sin mediar mérito alguno de nuestra parte ha cubierto los adeudos de por vida y que de ahora en adelante él se hará cargo de todas sus necesidades? ¿Acaso no es cierto que de inmediato abandonaríamos el trabajo que nos esclavizaba para dedicarnos a la actividad que siempre había sido nuestro sueño irrealizable, nuestra pasión reprimida?

Y si el utópico bienhechor hiciera todavía más por nosotros, algo así como remediar el cáncer que carcome al ser amado o el SIDA que amenaza y estigmatiza a nuestro hijo, a nosotros mismo o al amigo del alma, ¿no es cierto que correríamos alborozados y casi enloquecidos sintiendo que en el pecho el corazón estalla y no podríamos parar de gritar al mundo la bondad de nuestro anónimo bienhechor? ¿No sería igualmente cierto que una paz que hasta entonces era desconocida, la paz que resulta de saber que todo nos ha sido dado sin que dependa de nuestro esfuerzo y que además está garantizado de por vida, inundaría dulcemente nuestro corazón y no se iría jamás?

¿Y si este benefactor nos pidiera que compartiéramos con otros la noticia de que él está dispuesto a hacer lo mismo con otros a través nuestro y que nos ha elegido para que vayamos por el mundo anunciando este mensaje universal? ¿No es cierto que veríamos el mundo de otra manera y que empezariamos a pensar en darnos, en compartir lo que incesantemente se nos da porque sabemos que el manantial es inagotable y que mientras más demos más se nos dará? ¿No es cierto que la alegría se convertiría en el distintivo de nuestras personas? ¡No podemos imaginar a alguien que pudiera seguir yendo por la vida con cara de muerto fresco después de recibir la Buena Noticia!

Sospechamos, amigo lector, que la personita que hemos mencionado líneas arriba ha descubierto el hontanar de la vida definitiva y que por ello no puede dejar de sonreír, de amar, de gozar con las cosas sencillas de la vida, de extasiarse hasta llorar con la imagen del pequeño niño de Belén, de admirar la belleza de la luna, de agradecer cada mañana el milagro de la vida, de bendecir a la ancianita o al indigente que le sale al camino cada mañana cuando va rumbo al trabajo, de darse sin límite a todos y cada uno de los que tienen la dicha de toparse con ella en sus vidas.



Nos declaramos seducidos por su alegría, queremos vivir nuestra unción y anunciar esperanzados que un nuevo mundo es posible, que ya se vislumbra en el horizonte el Esposo que viene para consumir la boda.



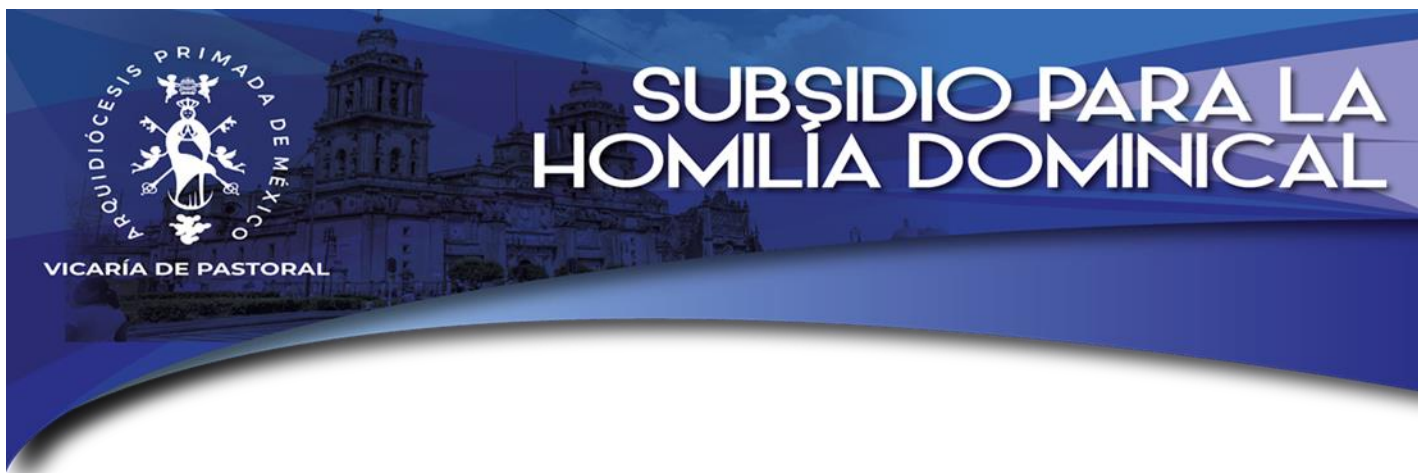


SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

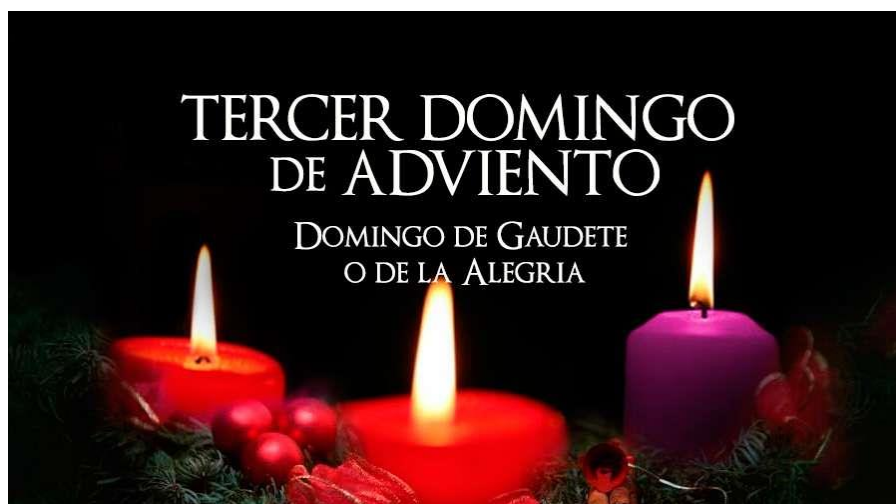
¿Cómo serás hoy testigo de la luz de Cristo? Realiza una acción concreta en cada uno de los siguientes ambientes:

- a) En tu familia.
- b) En tu trabajo.
- c) En tu vecindario.





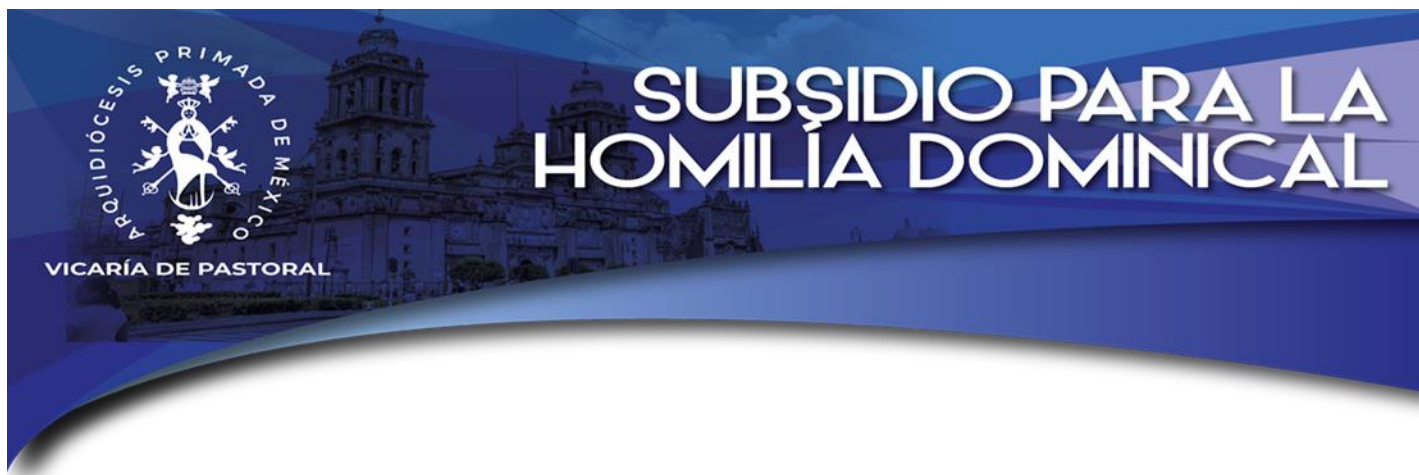
CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA



Te invitamos a orar con este canto, que nos hace reflexionar sobre el evangelio de este 3º domingo de Adviento:

<https://bit.ly/41f3ymi>





LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA



Papa Francisco en el tercer domingo de Adviento

<https://bit.ly/3uMPJiJ>





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE CATEQUESIS

¿Qué es lo que a ti te produce más alegría? Te invito a que cierres un momentito tus ojos y te imagines eso que te produce alegría. Abre tus ojos ¿cómo te sientes? Las lecturas de este domingo nos invitan a vivir la alegría, a sentirnos jubilosos. Además, estas lecturas nos permiten identificar el plan de Dios para conducirnos a la alegría:

- Anunciar la buena nueva a los pobres.
- Curar a los que tienen su corazón roto o triste.
- Anunciar la libertad a los que están prisioneros.
- Poner su mirada en las personas humildes.
- Llenar de bienes a los hambrientos.
- Llenar de misericordia a todos los que le hacen caso.

¿Qué te parece la propuesta de Dios? ¿Agregarías algo? ¿Lo que tú vives entra en algún punto de esta lista?

Otro aspecto importante de las lecturas de este domingo la encontramos en el Evangelio: Juan el Bautista es testigo de la luz. De alguna manera nos dice que lo más importante que podemos hacer en la vida es permanecer cerca de Jesús y solo con él podemos conocer la alegría verdadera. Te invitamos a que a lo largo de toda esta semana puedas pensar en todos los motivos que tienes para sentirte alegre. Da gracias por todas esas cosas que te permiten alegrarte. También puedes invitar a las personas que te rodean a estar alegres. ¿Sabías que la alegría es capaz de transformar el mundo? ¡Feliz domingo!





ECOS DE LA PALABRA

DESDE LA DIMENSIÓN DE ADULTOS Y FAMILIA

"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido y me ha enviado para anunciar la buena nueva a los pobres, a curar a los de corazón quebrantado, a proclamar el perdón a los cautivos, la libertad a los prisioneros..." Querido adulto mayor, si observamos con atención y escuchamos atentamente la palabra de Dios nos vamos a dar cuenta de que Jesucristo no vino a desaparecer el sufrimiento ni a erradicar enfermedades o a hacer huesos irrompibles. Jesús nos dice en este mundo material él está con nosotros. Jesucristo no desea que neguemos ni que reneguemos de nuestras penas y sufrimientos, sino que los vivamos y los sobrellevemos con integridad, con entereza, unidos a él.

Esta encomienda suena sencilla, sin embargo, no lo es porque implica renunciar a nuestros egoísmos, a nuestros intereses, a lo que deseamos en el momento. Las lecturas nos invitan a no impedir la acción del Espíritu Santo. Te pregunto, querido adulto mayor ¿Cuántas veces te has interpuesto entre la obra del Espíritu Santo y tus intereses o deseos inmediatos? Te invito a reflexionar aún más profundamente en estos días de Adviento para que estés preparado para su venida.

La familia debe ser el punto neurálgico de nuestra cultura y religión. Es ahí en donde se forma y educa a los hijos, donde aprenden viendo, donde se debe dar testimonio de la luz, así como lo hizo Juan el Bautista. Una responsabilidad ineludible que tenemos como padres es la de educar a los hijos en la fe. No es tarea exclusiva de un catequista o sacerdote, nosotros debemos prepararnos constantemente para que podamos hablar de nuestra religión con los hijos y que nuestros cimientos sean sólidos y profundos. No basta



con llevar a los niños al catecismo. Estos tiempos modernos nos exigen dar una respuesta contundente y tomar acción aunque, al igual que el Bautista, parezcamos una voz que clama en el desierto. Los invitamos a reflexionar acerca de su trascendental papel como primeros formadores en la fe de su familia. Que estos días de Adviento estén llenos de experiencias que los acerquen a Jesús. Los invitamos a estar preparados para la venida del Señor.





ECOS DE LA PALABRA

DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL JUVENIL

¡Alégrate!

Celebramos el domingo *gaudete*, domingo de la alegría. La celebración de la misa comienza hoy con la antífona de entrada: ¡Alégrense siempre en el Señor! Hoy todo habla de alegría, la liturgia entera nos invita a vivir una gran alegría que brota del corazón por la certeza de que el Señor está cerca. En la segunda lectura San Pablo nos dice: “hermanos: vivan siempre alegres, oren sin cesar, den gracias en toda ocasión”. El cristiano, nos recuerda a menudo el papa Francisco, ha de ser una persona alegre, no podemos concebir un cristiano triste. Pero ¿de verdad se puede estar siempre alegre? ¿De dónde sacamos los cristianos fuerza para nunca perder la alegría? A partir de las lecturas de este domingo te proponemos 3 razones como base de nuestra alegría.

La primera razón es, de hecho, la base de todas las demás, es el secreto de la auténtica alegría cristiana, que no es un simple estado de ánimo pasajero, ni algo que se logra con el propio esfuerzo, sino que es un don, nace del encuentro con la persona viva de Jesús, de hacerle espacio en nosotros, de acoger al Espíritu Santo que guía nuestra vida. La primera razón es pues, una persona, Cristo, que a su vez es luz. El evangelio nos introduce al mensaje de Juan el Bautista diciéndonos que fue enviado como testigo, para dar testimonio de la luz. La primera razón es pues, la llegada de la luz a nuestras vidas, la llegada de Cristo. ¿Alguna vez has estado en una oscuridad profunda en la que no hay ni la más mínima luz? Uno experimenta ansiedad y miedo. Somos hijos de la luz, fuimos hechos para la luz, y no solo en un sentido físico, sino, sobre todo, espiritual. ¡Cuántas



veces hay grandes oscuridades en nuestro corazón que cubrimos con máscaras aparentes! ¡El adviento nos prepara para recibir la luz que alumbrará cada rincón de nuestra vida, Jesús!

La segunda razón es que esta luz no solo es una iluminación superficial, sino que, de hecho, nos invita a una transformación profunda. En la primera lectura, del profeta Isaías, leemos: "Me alegro en el Señor con toda el alma y me lleno de júbilo en mi Dios, porque me revistió con vestiduras de salvación y me cubrió con un manto de justicia, como el novio que se pone la corona, como la novia que se adorna con sus joyas". Si bien estas palabras se aplican en primer lugar a Cristo, también se aplican a nosotros. El Señor nos ha revestido con su luz, con el Espíritu Santo, lo cual significa que nos ha transformado completamente, profundamente.

Y la tercera razón brota de las dos anteriores, se trata de reconocer mi identidad. Hoy resuena la pregunta que le hicieron a Juan el Bautista: ¿quién eres tú? Esta pregunta hoy se nos hace también a nosotros como el tercer motivo de nuestra alegría. El mundo puede confundirnos, hacernos olvidar quiénes somos, pero hoy junto con Juan el Bautista, recordamos nuestra identidad: no somos la luz, sino testigos de la luz. Somos hijos de la luz, hemos sido rescatados de las tinieblas, hemos sido transformados, somos amados, somos hechos uno con la luz.

¡Que el Señor te conceda experimentar esta profunda y verdadera alegría!

